

sión, dice el notable artista y distinguido escritor francés L. Falize: "Mezclad rubíes, esmeraldas y zafiros, "amatistas y topacios sobre la placa de oro grabada "con mayor delicadeza, y habréis armonizado las má- "gicas luces de la roseta de una catedral gótica, con la "pureza del dibujo y la perfección del modelado de "una artística medalla. Habréis fabricado esmaltes, "para cuya larga y delicada operación son necesarios "un gusto exquisito, una seguridad de mano y una pa- "ciencia, difíciles de encontrar en el más hábil minia- "turista."

Pues bien, esas brillantes cualidades caracterizan á los esmaltadores de la Bélgica, y bien lo demostró en Paris, Wilmotte, el único que los representó y que tomó parte en aquel combate de la inteligencia y del buen gusto, en que reinaron como soberanos los grandes esmaltadores franceses; Khlebnikoff de Moscow, y Tiffany de Nueva York.

En la bellísima exhibición de este último se admiraban los esmaltes, aplicados en pasta sólida y con tonos violados, blancos y azulosos, colores de iris, de lirios y de orquídeas. Era encantador el efecto de esas coloraciones distinguidas, armonizándose suavemente con las cinceladuras oxidadas, las superficies redondeadas de la plata pulida y las formas raras de las más preciosas flores.

En la Sección francesa encantaban: la hermosa placa de Falize, grabada en bajo-relieve y esmaltada de mano maestra, representando las coronaciones de la Virgen María, de Esther y de Betsabé. El Dragón de oro esmaltado que se enlaza en un vaso de cristal,

de Boucheron, trabajo de joyero y de esmaltador, de gran carácter artístico. Y por último, porque de otro modo sería cuestión de no acabar nunca, el famoso Pierrot de Autran, en el que el juego de los colores blanco y negro y el brillo del esmalte daban la impresión de una verdadera obra de arte, original y encantadora.

Y ya que los esmaltadores belgas se abstuvieron de concurrir á aquel Certamen, y que sólo he tratado en este informe de enumerar las principales industrias artísticas en que ocupan lugar honroso las producciones de aquel país, porque su importación en el nuestro, dada la gran baratura en general de la fabricación belga, podría ser altamente benéfica para nosotros y desarrollar las relaciones entre ambos pueblos, recordaré aquí para concluir, otro trabajo en que sobresalen los belgas, el de la lapidación de

LOS DIAMANTES.

En efecto, en 1476, en Brujes, Luis de Berquem inventó el arte de pulimentar los diamantes con el diamante mismo, y fué el primero que los labró con facetas regulares, citándose como su obra maestra, los tres grandes y célebres diamantes de Carlos el Temerario.

Berquem establecióse en Ambères, que gozaba ya de una gran reputación por sus lapidarios de rubíes, y de allí salieron, con motivo de los trastornos del siglo XVI, excelentes obreros que fueron á radicarse en Amsterdam, que se convirtió desde entonces en rival de Ambères, en la industria de los diamantes.

« Pero no por eso decayó sino mucho después y sólo temporalmente la prosperidad de los diamantistas de la Bélgica, quienes después de vencer las graves dificultades con que tropezaron en la época de la revolución y de la invasión francesas, han visto renacer los buenos tiempos de su industria y la universal reputación de sus lapidarios.

« En la época del descubrimiento de los famosos criaderos del Cabo de Buena Esperanza recibió un gran impulso la industria por excelencia de los habitantes de Ambères, y los lapidarios experimentados llegaron á ganar por término medio, mil francos á la semana.

« Es cierto que con motivo del rápido crecimiento del número de obreros, bajaron en proporción los salarios, pero todavía los hábiles lapidarios ganan de 200 á 500 francos por semana.

« Ambères puede con razón vanagloriarse de haber perfeccionado la lapidación, que tan considerablemente acrece el brillo del diamante, multiplicando sus fuegos con la regularidad de las carillas. Hoy se sabe redondear graciosamente á la más dura de las piedras, aumentando su valor de un modo extraordinario, y en la especialidad de los grandes brillantes sobre todo, Ambères ha llegado á conquistar una reputación universal.

« Hay allí, por lo menos, según datos del interesante informe del Sr. Ryziger, cincuenta talleres de lapidación, que emplean 35,000 obreros, y el capital, según el mismo publicista, empleado allí en todo lo que se refiere al comercio de los diamantes, puede estimarse al año, en cuarenta millones de francos.

« Un gran número de negociantes turcos, rusos y polacos, se ha establecido en aquel puerto consagrándose á este comercio, y los primeros, muy particularmente, al de los diamantes rosas, llamados de Brabante, que son también una especialidad de Ambères.

« No alcanzarían ni el tiempo ni el espacio de que puedo disponer, para citar aquí á todos los grandes industriales belgas que tanto han contribuido al perfeccionamiento de esta industria artística. Mencionaré, pués, únicamente, á los Sres. Coettermans, Henrichs y Leandro Latinié, quienes después de haber obtenido el diploma de honor en la Exposición universal de Ambères, en 1885, supieron llamar y con justicia la atención en el grandioso Certamen de Paris.

« Las incontables preciosidades exhibidas por estos industriales; el soberbio escudo que presentaron, de las armas de la República francesa, primorosamente ejecutado con dos mil diamantes, y que en la noche, al brillar la luz de Edison, fulguraba como un incendio de chispas incomparables de todos los colores, y el gusto artístico, rapidez y perfección de los trabajos que hacían sus lapidarios, á la vista del público, demostraron los inmensos progresos y la gran vitalidad de esa industria belga. Y eso que era indispensable un esfuerzo supremo para brillar en este ramo en la Exposición de Paris.

« Porque allí se encontraba, en los parques, un gracioso pabellón en que los hermanos Boas, de Amsterdam, labraron también ante el público, y con gran perfección, una infinidad de rosas y de brillantes.

« Porque en la Sección americana se admiraba uno

ante los originales y artísticas producciones del célebre Tiffany, y sobre todo, porque en la Sección francesa, la imaginación inagotable del obrero paaisiense, ese obrero artista por excelencia, encantó á los visitantes con el buen gusto incomparable con que supo exhibir sus brillantes pedrerías.

El precioso collar de diamantes expuesto por Fouquet; las hermosas instalaciones de Vever y de Boucheiron, en las que todo era delicado, soberbio y de buen gusto; el famoso brillante de 180 quilates, rival del Ko-hi-nor y del Regente, que deslumbraba allí á la multitud; el collar de la Reina María Leckzinska con el famoso "Sancy;" aquel inmenso centelleo, en fin, de luces refulgentes de todos los colores, causaba la sorpresa y la admiración, por su artística grandiosidad.

Y los anillos de diamantes ligando nudos de terciopelo; y los collares de perlas y de brillantes en un mismo hilo; idea original y de buen gusto, de la que dice Falize que merece el elogio más completo; "haber unido esa irradiación luminosa con aquella suavidad opalina encantadora, haber hecho la combinación de esos elementos antitéticos, y haber armonizado aquella riqueza de los mares, con el esplendor de los continentes;" y aquellos encajes diamantinos, por último, tan bellos como perfectamente ejecutados, todas esas obras maestras realizaban en aquella Exposición la inagotable habilidad y el buen gusto característico de los dibujantes, de los joyeros y de los diamantistas franceses.

Tal era la Sección de las pedrerías en 1889 en Paris, y antes de dar por concluída esta somera y brevísima

descripción de las más importantes industrias artísticas de la Bélgica, y de la industria por excelencia de Ambères, la lapidación del diamante, pidamos su bien cortada pluma al artista L. Falize, para insertar aquí el cumplido elogio que hace de la piedra más hermosa de la Tierra.

"Los diamantes son inmutables. Todos los productos manufacturados desaparecen; están destinados á cambiar de forma más ó menos pronto, y los edificios mismos se derrumban ó son reemplazados por otros. Tan sólo esa piedra deslumbradora, el diamante, permanece intacta, conservando sus bellísimas luces. Se la hace saltar de su montadura antigua para adornar con ella las joyas más artísticas y del gusto moderno. Pasa de la madre á la hija y de la Reina á la simple dama. Transmítese intacta, y viaja de las minas de Golconda ó de los Campamentos del Cabo ó del Brasil á los talleres de los lapidarios belgas ú holandeses, y á los mercados de Londres y de Paris. Es un lujo ó una economía; el dote de una novia ó la corona de un Rey. Produce en ocasiones la alegría, y en otras parece una lágrima cristalizada, que recuerda los dramas de la historia, como el famoso Sancy, el diamante de Carlos I y del infortunado Luis XVI."

RESUMEN.

BÉLGICA Y MÉXICO.

He procurado dar una idea ó más bien dicho traer de nuevo á la memoria, los inteligentes y grandes esfuerzos que constantemente realiza el simpático país